



CRISTOBAL COLON

Ó EL

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA.

ROMANCE HISTÓRICO

en el que se refiere como se realizó esta peligrosa y gigantesca empresa.

INTRODUCCION.

¡Ayúdame, dulce lira!
 lanza al viento ardiente son;
 pueblo potente el espacio
 de alegres ecos tu voz;
 engalanen áureas flores
 tu *pentacorde*, que al sol
 oscurece, con las chispas
 de su dorado fulgor.
 Lleven las brisas tu acento
 sobre sus alas veloz
 por los ámbitos del mundo,
 y muestra al mundo que son
 tus glorias, cual las estrellas
 en número y esplendor.
 ¡Ayúdame! que pretendo
 contar á mi pueblo hoy
 un episodio glorioso
 que por sueño reputó
 ó por locura la Europa;
 pero la bondad de Dios
 trocó en gloria positiva
 la mal llamada vision,
 y en riqueza y poderío
 lo que sueño se creyó.

A fines del siglo quince,
 siglo glorioso que vió

por vez primera en España,
 de sus monarcas en pos
 unirse con fuerte lazo
 á Castilla y Aragon.
 Glorioso siglo que al moro
 de nuestro suelo arrojó
 tras siete siglos de lucha,
 de constancia y de valor.
 A fines del siglo quince,
 el buen Cristóbal Colon,
 gracias á Deza y Marchena,
 sábios y monges los dos,
 de los católicos reyes
 obtuvo autorizacion,
 y gente, buques, dinero
 y todo cuanto juzgó
 para la arriesgada empresa
 de inmediata aplicacion.
 La conquista de Granada
 felizmente terminó
 el 19 de Abril
 del año noventa y dos;
 año dichoso en que obtuvo
 el buen genovés Colon
 el título de Almirante
 y de Virey, como honor
 que los reyes concedieron
 al genio que concibió
 la empresa que dió mas brillo

L.C

170

18078

al noble pueblo español.
 Era el viernes 3 de Agosto
 del año noventa y dos,
 y tres galeras salian
 sus velas tendiendo al sol
 del puertecillo de Palos.
 Las brisas contra el calor
 en frescas emanaciones
 se exhalaban, y en su pos
 hinchaba el viento las velas,
 que con impulso veloz
 empujaban á las naves
 sobre el líquido color
 que mil matices cambiaba
 al reverberar del sol.
 Ciento veinte hombres tan solo
 era la tripulacion
 que las galeras llevaban.
 El mas heróico valor
 impulsaba á los marinos
 que el gran Cristóbal Colon
 tras problemática empresa
 de sus lares arrancó.
 «¡Patria, familia y amigos!...
 ¡tal vez para siempre adios!»
 dijeron aquellos héroes
 cuando el amarre rompió
 la urca Santa María
 que tripulaba Colon.
 «¡Locos!» decian las gentes
 que en el puerto en confusion
 comentaban de mil modos
 aquella empresa: «mejor
 «os fuera no haber nacido;
 «¿quién así os aconsejó
 «para correr aventuras
 «de ese genovés en pos
 «que habla de un mundo que aca-
 «solo en su mente existió?» (so
 Y en tanto el rumbo á Canarias
 con feliz navegacion
 la reducida escuadrilla
 con entusiasmo emprendió.

* *
 Ya hacia dias que surcaba
 de las naves el timon
 por el líquido elemento,
 en tanto que el ciego ardor
 de los audaces marinos

velozmente decreció.
 Cielo y agua solo veian
 á la salida del sol;
 al otro dia agua y cielo
 cual vieran el anterior.
 Los tímidos se callaban,
 pero los audaces no,
 é increpaban á su gefe
 que con sereno valor
 con palabras, y promesas
 hijas de un gran corazon,
 pretendia convencerles
 acallando su temor.
 Dias tras dias pasaban
 mientras Cristóbal Colon
 de los mapas al espacio
 con su mirada veloz
 pasaba, cual si quisiera
 con su genio y conviccion
 evocar cual un espectro
 aquel mundo que soñó.
 La esperanza le alentaba
 á soportar con valor
 vigiliás y privaciones,
 mas no á la tripulacion
 que en secreto conspiraba
 contra su gefe, y trató
 de asesinarle una noche.
 Por Colon velaba Dios,
 y aquella noche que ansiara
 la fementida traicion
 por quitar la vida á un hombre
 y á la España un esplendor,
 fué noche que su grandeza
 á los marinos mostró,
 haciendo del hombre el héroe,
 y del héroe casi un Dios.
 Treinta y cinco dias justos
 hizo que Colon salió
 de Canarias esa noche;
 dias que viera Colon
 con desaliento unas veces,
 otras con febril ardor,
 mas siempre con la esperanza
 y la firme conviccion
 de que otro mundo existia
 que su ciencia le mostró.

* *
 Era una noche serena

del mes de Octubre; al fulgor
de la luna que rielaba
con inquieta oscilacion
formando argentada cinta
que bordaran con primor
movibles y agudas puntas
por gigantesca estension,
bañadas en su luz blanca
las velas que el viento hinchó
de las tres embarcaciones,
al misterioso rumor
de las cristalinas ondas
con movimiento veloz
se mecian, cual se mecen
en su vuelo jugueton
las marítimas gabiotas.
Cual tela que Dios bordó,
las oscilantes estrellas
con su vivo resplandor
manto de ricos brillantes
mostraban; el aquilon
jugueteaba con las brisas
que robaban el olor
y la frescura á las ondas,
y con melódico son
misterio en torno esparcian
mudo lenguaje de amor.
Nada á bordo se escuchaba,
y nadie á bordo durmió,
pues nada desvela tanto
cual de la duda el temor,
ó el miedo que vaga en torno
de la cobarde traicion.
Colon velaba dudando
si acaso se equivocó,
y sus soldados velaban
por darle muerte á Colon.
Un fatídico silencio
reinaba, solo el rumor
de las ondas que cortaba
el anguloso timon
se oia, á cuyo murmurio
con oscilante esplendor
una luminosa estela
de la escuadrilla iba en pos.
«Ya es la hora» dice airada
una cavernosa voz.
«Vamos» se oyó cauteloso
de otras voces el rumor,

y resonaron pisadas
tomando la direccion
del camarote ocupado
por el gefe, que no oyó
ni de voces el murmullo,
ni de pasos el rumor.
«¡Tierra!» el vigía anhelante
con voz potente gritó.
«¡Tierra!» dijeron los unos.
«¡Tierra!» los otros en pos.
Pálido el grito de ¡tierra!
puso á Cristóbal Colon,
y con febril energía
en el puente se lanzó;
su frente augusta brillaba
con deslumbrante esplendor,
pues contemplaban sus ojos
el mundo que en sueños vió.
Ante él hincó la rodilla
toda la tripulacion,
pues en Colon mas que un hom-
miraban acaso un Dios. bre

Trece de Octubre^{**} era el dia
que de Castilla el pendon
del nuevo mundo en las costas
con arrogancia ondeó.
Dia que viera postrarse
al gran Cristóbal Colon,
humillando su grandeza
á la grandeza de Dios.
«¡Gracias, Dios mio!» decia:
¡mil gracias, Señor, os doy!
y oraba anegado en llanto
con religioso fervor.
Y es que Colon, en la fé
mas que en la ciencia fió,
pues Colon era cristiano,
muy cristiano era Colon.
«¡Loco!» le dijo la Europa;
solo la España le oyó;
y la Europa avergonzada
ante su enérgica voz,
bajó entonces la cabeza,
porque no era sueño, no,
el mundo que adivinara
el gran Cristóbal Colon.
Puso á esta isla por nombre
el nombre del Salvador,

Ambr. 55. e i

y tras un breve descanso
de nuevo el rumbo emprendió,
descubriendo Fernandina,
la isla de la Concepcion,
Cuba, Isabela, y ann otra
que Española la llamó.
Dia diez y seis de Enero
daba la vuelta Colon
á España, y al encontrarse
en las Azores, sufrió
una horrorosa tormenta
que su intrépido valor
trocó en mortal desaliento.
No de la muerte feroz
el torbo ceño imponia
al buen Cristóbal Colon.
Era el pensar que la empresa
que á cabo feliz llevó
hollandando con firme planta
otro mundo donde el sol
despedia mas brillante
su esplendente resplandor,
iba á quedar ignorada,
velada en negro crespon,
aquella empresa brillante
con que á la España dotó.
Mas por su vida y su empresa
velaba benigno Dios,
y allá en el puerto de Palos
de nuevo la escuadra ancló.
En Barcelona la córte
se encontraba, ya Colon
corria de triunfo en triunfo
cuando á la córte llegó.
De Framenors (1) en la plaza
con inmensa ostentacion
se levantó un catafalco,
y allí el héroe presentó
á los católicos reyes
las preseas y á su voz
mostráronse algunos indios
mirando con estupor
aquel pueblo que entusiasta
potente alzaba su voz,
aclamando al genio invicto
¡al gran Cristóbal Colon!

(1) Hoy de Medinaceli.

Dos viajes despues hizo
en los cuales descubrió
Guadalupe, Dominica,
San Cristóbal y en redor
de Cuba é Isla de Pinos
á la Isabela volvió.
Reconoció el continente
del nuevo mundo, y en pos
del continente, tres islas
que en su camino encontró.
Finalmente volvió á España
donde la negra traicion
para pagar los servicios
que su indomable valor
prestara á la monarquía
al gran sábio encarceló.
Y la mano que empuñara
el castellano pendon
del nuevo mundo en las costas,
y aquellos piés con que holló
las abrasadas arenas
de Cuba y del Salvador,
fueron presa del grillete,
que forjara la traicion.
Año mil quinientos seis,
en Valladolid murió
tendido en mísero lecho
el gran Cristóbal Colon;
veinte de Mayo, esta fecha
hace mirar con dolor
que la España fuera ingrata
con el genio que encontró
para sus arcas, riquezas,
para su gloria, esplendor.
Solo la historia fué justa
colocando junto al sol
este nombre, que los siglos
ven con digna admiracion.
La historia escribió sus hechos
y de sus hechos en pos,
un monumento á su gloria
es cada pecho español.
Recuerda pueblo estos hechos
mirando cual miro yo,
que le debemos un mundo
al gran Cristóbal Colon.

LISARDO.